



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

La mujer de treinta años

El tío Goriot



TOMO VI

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

TOMO VI

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

La mujer de treinta años

El tío Goriot

LA MUJER DE TREINTA AÑOS



LA MUJER DE TREINTA AÑOS

Dedicado a Louis Boulanger, pintor.

I

PRIMERAS FALTAS

A principios del mes de abril del año 1813 hubo un domingo cuya mañana prometía uno de aquellos hermosos días en los que los parisienses ven por primera vez en el año sus pavimentos libres de barro y su cielo sin nubes. Antes del mediodía, un cabriolé desembocaba en la calle de Rivoli por la de Castiglione y se detuvo detrás de varios carruajes estacionados junto a la verja recién abierta en medio de la terraza de los Feuillants. El conductor de aquel rápido vehículo era un hombre de aspecto enfermizo y preocupado; unos cabellos entrecanos cubrían apenas su cráneo amarillento y lo envejecían prematuramente; echó las riendas al lacayo que, montado a caballo, seguía a su cabriolé, y apeóse para tomar en brazos a una joven cuya elegancia y hermosura llamó la atención de los desocupados que paseaban en aquellos momentos por la terraza. La joven se dejó coger complaciente por el talle cuando estuvo de pie al borde del vehículo, y rodeó con sus brazos el cuello de su guía, el cual la depositó encima de la acera sin haber arrugado la guarnición de su vestido de reps verde. Un amante no habría desplegado tantos cuidados. El desconocido debía ser el padre de aquella niña, la cual, sin darle las gracias, lo cogió familiarmente del brazo y lo llevó bruscamente hacia el jardín. El anciano padre observó las miradas asombradas de algunos jóvenes, y la tristeza impresa en su semblante borróse por un instante. Aunque hiciera tiempo que hubiera llegado a la edad en que los hombres deben

contentarse con las engañosas alegrías que confiere la vanidad, esbozó una sonrisa.

—Se imaginan que eres mi mujer —dijo al oído de la joven, irguiéndose y caminando con una lentitud que para ella resultaba desesperante.

Sentíase halagado por la admiración que despertaba su hija y quizá gozaba más que ella de las ojeadas que lanzaban los curiosos a sus pequeños pies calzados con borceguíes, a su esbelta cintura y a su gracioso cuello. Los movimientos de la marcha levantaban de vez en cuando el vestido de la joven y permitían ver, por encima de los borceguíes, la redondez de una pierna finamente modelada por una media de seda. Así, más de un transeúnte pasó junto a la pareja para admirar o volver a ver aquel lindo rostro enmarcado por hermosos bucles de cabellos castaños y cuya blancura y encamado venían aumentados tanto por el reflejo del satén rosa del forro de una elegante capota como por el deseo y la impaciencia que centelleaban en todos los rasgos de aquella linda persona. Una suave malicia animaba sus hermosos ojos negros, de forma de almendra, bajo unas bien arqueadas cejas, bordeados de largas pestañas y que nadaban en un fluido puro. La vida y la juventud desplegaban entonces sus tesoros en aquel semblante risueño y sobre un busto gracioso aun a pesar de que entonces estaba de moda llevar la cintura debajo del seno. Insensible a los homenajes, la joven miraba con una especie de ansiedad el castillo de las Tullerías, que sin duda constituía la meta de su paseo. Eran las doce menos cuarto. Por muy temprana que fuera aquella hora, varias mujeres, todas las cuales habían querido mostrarse muy bien arregladas, regresaban del castillo, no sin volver la cabeza con nostalgia como si se arrepintieran de haber llegado demasiado tarde para gozar de un espectáculo deseado. Algunas palabras que se escaparon al malhumor de las bellas paseantes contrariadas y que la linda desconocida captó al vuelo, habían inquietado a ésta de un modo singular. El anciano es-

piaba con ojos más curiosos que burlones las señales de impaciencia y de temor que expresaba el lindo rostro de su compañera, y lo observaba quizá con excesivo cuidado para no haber detrás de aquella mirada cierta reflexión de carácter paternal.

Aquel domingo era el decimotercio del año 1813. Dos días más tarde, Napoleón partía para aquella fatal campaña durante la cual perdería sucesivamente Bessières y Duroc, ganaría las memorables batallas de Lutzen y de Bautzen, se vería traicionado por Austria, Sajonia, Baviera, por Bernadotte, y disputaría la terrible batalla de Leipzig. El magnífico desfile ordenado por el emperador había de ser el último de aquellos que durante mucho tiempo suscitaron la admiración de los parisienses y de los extranjeros. La vieja guardia iba a ejecutar por última vez las sabias maniobras cuya pompa y precisión asombraron a veces incluso a aquel propio coloso, que por entonces se preparaba para su duelo con Europa. Un sentimiento de tristeza llevaba hacia las Tullerías a una brillante y curiosa población. Todo el mundo parecía adivinar el futuro y presentía quizá que más de una vez la imaginación tendría que trazar de nuevo el cuadro de aquella escena cuando aquellos tiempos heroicos de Francia asumieran, como hoy, matices casi fabulosos.

—Vamos, papá, más de prisa —decía la joven con aire travieso, arrastrando al anciano—. Ya oigo los tambores.

—Son las tropas que entran en las Tullerías —respondió él.

—¡O que desfilan, todo el mundo se marcha! —replicó la joven con infantil amargura que hizo sonreír al anciano.

—El desfile no empieza hasta las doce y media —dijo el padre, que casi era dejado atrás por su impetuosa hija.

Al ver el movimiento que ella imprimía a su brazo derecho, habríase dicho que éste lo usaba como una ayuda para correr. Su mano, pequeña, cubierta por un precioso guante, estrujaba con impaciencia un pañuelo, y parecía el remo de una barca que surca las ondas. El anciano sonreía,

pero de vez en cuando su semblante veíase también ensombrecido por una expresión preocupada. El amor que sentía por aquella hermosa criatura hacía que admirase tanto el presente como temiera el porvenir. Parecía decirse: «Hoy es feliz, ¿lo seguirá siendo siempre?», ya que los ancianos son bastante propensos a dotar con sus pesares y tristezas el futuro de sus hijos. Cuando el padre y la hija llegaron al peristilo del pabellón encima del cual ondeaba la enseña tricolor, y por el cual los paseantes van y vienen del jardín de las Tullerías al Carrousel, los centinelas les gritaban con voz grave: «¡No se puede pasar!»

La niña se puso de puntillas y pudo vislumbrar una muchedumbre de mujeres enjoyadas que llenaban los dos lados de la vieja arcada de mármol por donde había de salir el emperador.

—¿Lo ves, papá? Hemos salido demasiado tarde.

Su ligero mohín revelaba la importancia que daba a aquel desfile.

—Bueno, Julia, vámonos, supongo que no te gustaría morir aplastada.

—Quedémonos, papá. Desde aquí aún puedo ver al emperador; si muriese durante la campaña, nunca lo habría visto.

El padre estremeciéndose al oír aquellas palabras egoístas. La voz de su hija estaba como alterada por las lágrimas; la miró y creyó observar bajo sus párpados unas lágrimas causadas menos por el despecho que por uno de aquellos primeros pesares cuyo secreto es fácil de adivinar por un padre anciano. De pronto, Julia se sonrojó y profirió una exclamación cuyo significado no fue comprendido ni por los centinelas ni por el anciano. Al oír este grito, un oficial que se dirigía rápidamente desde el patio hacia la escalera volvióse vivamente, avanzó hasta la arcada del jardín, reconoció a la joven que por un instante quedó oculta por los grandes gorros de crin de los granaderos, y mandó suprimir, para ella y para su padre, la consigna que él mismo ha-

bía dado; luego, sin preocuparse del murmullo de la multitud elegante que sitiaba la arcada, atrajo suavemente hacia sí a la hermosa niña.

—Ya no me sorprende su cólera ni sus prisas, puesto que tú estabas de servicio —dijo el anciano al oficial con aire tan serio como burlón.

—Señor duque —repondió el joven—, si queréis estar bien situados, no perdamos el tiempo hablando. Al emperador no le gusta esperar, y yo he sido encargado por el gran mariscal de ir a avisarlo.

Mientras hablaba había cogido, con cierta familiaridad, el brazo de Julia y arrastraba rápidamente a ésta hacia el Carrousel. Julia observó con asombro un inmenso gentío que se apretujaba en el pequeño espacio comprendido entre los muros grises del palacio y los mojones reunidos por las cadenas que trazan grandes cuadros enarenados en medio del patio de las Tullerías. El cordón de los centinelas, establecido para dejar paso expedito al emperador y a su estado mayor, a duras penas podía contener a aquella muchedumbre impetuosa y ruidosa como un enjambre.

—¿Será muy guapo? —preguntó Julia sonriendo.

—Tened cuidado —exclamó el oficial, que cogió a Julia por la cintura con tanto vigor como agilidad para transportarla junto a una columna.

Sin este brusco movimiento, la curiosa joven habría sido rozada por la grupa del caballo blanco, con silla de terciopelo verde y oro, que el mameluco de Napoleón llevaba de la brida, casi bajo la arcada, a diez pasos detrás de todos los caballos que aguardaban a los altos oficiales, compañeros del emperador. El joven colocó al padre y a la hija junto al primer mojón de la derecha y con un gesto los recomendó a los dos veteranos granaderos entre los cuales se encontraban. Cuando el oficial volvió al palacio, una expresión de felicidad y de alegría había sucedido en su semblante al súbito espanto que en él había dejado impreso el retroceso del caballo; Julia le había apretado misteriosa-

mente la mano, sea para darle las gracias por el pequeño favor que acababa de hacerle, sea para decirle: «¡Por fin voy a veros!» La joven inclinó gentilmente la cabeza para responder al saludo respetuoso que el oficial le hizo, como también a su padre, antes de desaparecer con presteza. El anciano, que parecía haber dejado adrede a los dos jóvenes solos, permanecía en actitud grave un poco detrás de su hija; pero la observaba disimuladamente y trataba de inspirarle una falsa seguridad pareciendo absorto en la contemplación del magnífico espectáculo que ofrecía el Carrousel. Cuando Julia dirigió hacia su padre la mirada de un escolar inquieto por la actitud de su maestro, el anciano le respondió con una sonrisa de alegría benévola y condescendiente; pero su mirada penetrante había seguido al oficial hasta que éste estuvo bajo la arcada, y no había perdido un solo detalle de aquella rápida escena.

—¡Que espectáculo tan bello! —dijo Julia en voz baja estrechando la mano de su padre.

El aspecto pintoresco y grandioso que ofrecía en aquel momento el Carrousel hacía proferir esta exclamación a miles de espectadores cuyos rostros reflejaban todos la mayor admiración. Otro grupo de personas, tan compacto como aquel en que el anciano y su hija se encontraban, ocupaba, en una línea paralela al castillo, el espacio estrecho y empedrado que bordea la verja del Carrousel. Aquella multitud acababa de trazar intensamente, con la variedad del atavío de las mujeres, el inmenso rectángulo que formaban los edificios de las Tullerías y aquella verja entonces recién colocada. Los regimientos de la vieja guardia a los que iba a pasarse revista llenaban aquel vasto terreno, donde, frente al palacio, había unas impresionantes líneas azules de diez en fondo. Más allá del recinto, y en el Carrousel, encontrábanse, en otras líneas paralelas, varios regimientos de infantería y de caballería dispuestos a desfilar bajo el arco triunfal que adorna el medio de la verja, y sobre el cual veíanse en aquella época los magníficos caballos de Vene-

cia. La banda de música de los regimientos situada en la parte baja de las galerías del Louvre, quedaba oculta por los lanceros polacos que estaban de servicio. Una gran parte del cuadrilátero enarenado permanecía vacío como una arena preparada para los movimientos de aquellos cuerpos silenciosos cuyas masas, dispuestas con la simetría del arte militar, reflejaban los rayos del sol en los fuegos triangulares de diez mil bayonetas. El aire, agitando los penachos de plumas de los soldados, los hacía ondear como a los árboles de un bosque bajo los efectos de un viento impetuoso. Aquellas viejas bandas, mudas y brillantes, ofrecían mil contrastes de colores debidos a la diversidad de los uniformes, de las armas y de los cordones. Aquel inmenso cuadro, miniatura de un campo de batalla antes del combate, estaba poéticamente enmarcado, con todos sus accesorios y sus accidentes extraños, por los altos edificios majestuosos cuya inmovilidad parecía imitada por los jefes y los soldados. El espectador comparaba involuntariamente aquellos muros de hombres con aquellos muros de piedra. El sol primaveral, que arrojaba con profusión su luz sobre los muros blancos construidos el día antes y sobre los muros seculares, iluminaba claramente aquellos rostros curtidos, todos los cuales contaban los peligros pasados y esperaban con gravedad los peligros futuros. Los coroneles de cada regimiento iban y venían solos delante de los frentes que formaban aquellos hombres heroicos. Luego, detrás de las masas de aquellas tropas abigarradas de plata, azur, púrpura y oro, los curiosos podían distinguir las banderolas tricolor atadas a las lanzas de seis infatigables jinetes polacos que, semejantes a los perros que conducen un rebaño a lo largo de un campo, movíanse sin cesar entre las tropas y los curiosos para impedir que estos últimos rebasaran el pequeño espacio de terreno que se les había concedido junto a la verja imperial. A no ser por estos movimientos, habría podido uno creer que se encontraba en el palacio de la Bella Durmiente del Bosque. La brisa primaveral, que

rozaba los gorros de largas crines de los granaderos, daba fe de la inmovilidad de los soldados, de la misma manera que el sordo murmullo de la muchedumbre daba fe de su silencio. A veces solamente el resonar de unos chinescos o un ligero golpe dado inadvertidamente en un tambor y repetido por los ecos del palacio imperial semejaba esos truenos lejanos que presagian una tormenta. Un entusiasmo indescriptible estalló en medio de la multitud. Francia disponíase a despedir a Napoleón en vísperas de una campaña cuyos peligros eran previstos incluso por el más insignificante de los ciudadanos. Esta vez, para el Imperio francés, tratábase de ser o no ser. Este pensamiento parecía animar a la población ciudadana y a la población armada que se apretujaban, igualmente silenciosas, en el recinto donde planeaban el águila y el genio de Napoleón. Aquellos soldados, esperanza de Francia, aquellos soldados, su última gota de sangre, entraban de este modo en la inquieta curiosidad de los espectadores. Entre la mayor parte de los asistentes y de los militares efectuábase quizás una despedida que había de ser eterna; pero todos los corazones, incluso los más hostiles al emperador, dirigían al cielo sus votos ardientes para la gloria de la patria. Aun los hombres más cansados de la lucha iniciada entre Europa y Francia habían depuesto sus odios y rencores al pasar bajo el arco de triunfo, comprendiendo que en el día del peligro Napoleón era Francia entera. El reloj del castillo dio la media hora. En aquel momento cesó el murmullo de la muchedumbre, y el silencio se hizo tan profundo, que habríase oído la palabra de un niño. El anciano y su hija, que parecían no vivir más que por los ojos, percibieron entonces un ruido de espuelas y de espadas que resonó bajo el sonoro peristilo del castillo.

Un hombrecillo regordete, vistiendo uniforme verde, pantalón blanco, apareció de pronto conservando la cabeza cubierta con un sombrero de tres picos; la ancha banda de la Legión de Honor flotaba sobre su pecho y a su costado

pendía una espada. El hombre fue divisado a la vez por todos los ojos, desde todos los puntos de la plaza. Inmediatamente los tambores batieron marcha, las dos orquestas comenzaron con una frase cuya expresión guerrera fue repetida en todos los instrumentos, desde la más suave flauta hasta el bombo. A este belicoso llamamiento, las almas se estremecieron, las banderas saludaron, los soldados presentaron armas con un movimiento unánime y regular que agitó los fusiles desde la primera fila hasta la última en el Carrousel. Voces de mando volaron a modo de ecos de fila en fila. Gritos de «¡Viva el emperador!» fueron proferidos por la multitud enardecida. En suma, todo se estremeció, todo se movió, todo se conmovió. Napoleón había montado a caballo. Este movimiento había conferido vida a aquellas masas silenciosas, había dado voz a los instrumentos, impulso a las águilas y a las banderas, emoción a todos los rostros. Los muros de las altas galerías de aquel viejo palacio parecían gritar también: «¡Viva el emperador!» No fue algo humano, fue una magia, un simulacro del poder divino, o aun mejor, una imagen fugitiva de aquel reino tan fugitivo. El hombre rodeado de tanto amor, entusiasmo, abnegación, votos, para el cual el sol había disipado las nubes del cielo, permaneció montado en su caballo, a tres pasos delante del pequeño escuadrón dorado que lo seguía, teniendo al gran mariscal a su izquierda y al mariscal de servicio a su derecha. En medio de tantas emociones suscitadas por él, ningún rasgo de sus facciones pareció conmovirse.

—¡Oh! Dios mío, sí. ¡En Wagram, en medio del fuego, a orillas del Moscova, entre los muertos, se halla siempre tan tranquilo como Bautista!

Esta respuesta a numerosas preguntas fue hecha por el granadero que se encontraba cerca de la joven. Julia quedóse un instante absorta en la contemplación de aquel rostro cuya calma indicaba una tan grande seguridad de poder. El emperador distinguió a la señorita de Chatillonnest y

se inclinó hacia Duroc para decirle una breve frase que hizo sonreír al gran mariscal. Iniciáronse las grandes maniobras. Si hasta entonces la joven había repartido su atención entre el rostro impasible de Napoleón y las líneas azules, verdes y rojas de las tropas, en aquel momento se ocupó casi exclusivamente, en medio de los movimientos rápidos y regulares ejecutados por aquellos viejos soldados, de un joven oficial que corría a caballo por entre las líneas en movimiento, y volvía con infatigable actividad hacia el grupo a la cabeza del cual brillaba el sencillo Napoleón. Este oficial montaba un soberbio caballo negro y distinguíase, en medio de aquella abigarrada muchedumbre, por el hermoso uniforme azul celeste de los oficiales de órdenes del emperador. Sus bordados relucían tan vivamente al sol y el plumero de su chacó estrecho y largo recibía tan intensos fulgores que los espectadores debieron de compararlo a un fuego fatuo, a un alma invisible encargada por el emperador de animar, de conducir aquellos batallones cuyas armas ondeantes echaban llamas, cuando, a una sola señal de sus ojos, se rompían, se reunían y giraban como las olas de un abismo o pasaban delante de él como esas olas largas, erguidas y altas que el océano encolerizado dirige contra sus orillas.

Cuando hubieron terminado las maniobras, el oficial se detuvo ante el emperador esperando sus órdenes. En aquel momento se hallaba a veinte pasos de Julia, frente al grupo imperial, en una actitud que recordaba bastante la que Gérard ha atribuido al general Rapp en el lienzo de la Batalla de Austerlitz. Entonces le fue permitido a la joven admirar a su amante en todo su esplendor militar. El coronel Víctor D'Aiglemont apenas contaba treinta años de edad, era alto, bien proporcionado, esbelto; y sus armoniosas proporciones jamás resaltaban mejor que cuando aplicaba su fuerza a gobernar un caballo cuyo lomo elegante y flexible parecía doblarse bajo su cuerpo. Su rostro varonil y moreno poseía ese encanto inexplicable que una perfecta

regularidad confiere a los semblantes juveniles. Su frente era alta y despejada. Sus ojos de fuego, sombreados por unas cejas espesas y bordeados por largas pestañas dibujábanse como dos óvalos blancos entre dos líneas negras. Su nariz ofrecía la graciosa curva de un pico de águila. La púrpura de sus labios venía realzada por las sinuosidades del inevitable bigote negro. Sus mejillas anchas y de color intenso ofrecían unos tonos morenos y amarillos que denotaban un vigor extraordinario. Su rostro ofrecía el tipo que actualmente busca el artista cuando tiene la intención de representar a uno de los héroes de la Francia imperial. El caballo, inundado en sudor, y cuya cabeza agitada expresaba una extraordinaria impaciencia, con los dos pies de delante separados y parados sobre la misma línea sin que el uno pasara delante del otro, hacía flotar las largas crines de su tupida cola; y su fidelidad ofrecía una imagen material de la que su dueño tenía para con el emperador. Al ver a su amante tan ocupado en captar las miradas de Napoleón, Julia experimentó un movimiento de celos, pensando que él no la había mirado todavía. De pronto, una palabra es pronunciada por el soberano, Víctor aprieta los flancos de su caballo y parte al galope; pero la sombra de un mojón proyectada en la arena asusta al animal, que retrocede, se levanta y de un modo tan brusco que el jinete parece hallarse en peligro. Julia profiere un grito y palidece; todos la miran con curiosidad; ella no ve a nadie; sus ojos se hallan clavados en aquel caballo excesivamente fogoso, que el oficial castiga mientras corre a dar las órdenes que ha recibido de Napoleón. Estos vividos cuadros absorbían tan por completo el ánimo de Julia, que sin darse cuenta se había aferrado al brazo de su padre, a quien ella revelaba involuntariamente sus pensamientos con la presión más o menos viva de sus dedos. Cuando Víctor estuvo a punto de caer del caballo, ella se aferró aún más fuertemente a su padre, como si fuera ella misma la que estuviera en peligro de caerse. El anciano contemplaba con sombría y dolorosa